

CANTO XXV

Atento siempre el Poeta á registrar con la vista el séptimo seno, ve al centauro Caco que, corriendo detrás del blasfemo Vanificio, arroja llamas á todo el que encuentra al paso. Después reconoce á algunos ilustres florentinos, que fueron ladrones de los caudales públicos, y de ellos describe portentosas transformaciones, que el Poeta mismo considera superiores en invención á las de Lucano y Ovidio.

Quando acabó de hablar el ladre impío,
las dos manos alzando, hizo dos higas¹,
diciendo:—Toma, Dios, eso te envió.—

Las sierpes desde allí son mis amigas;
porque una á su garganta va á anudarse
cual diciendo: *No más quiero que digas.*

Otra salta á sus brazos a enroscarse,
y la fuerza les quita y movimiento;
¡tal llega por delante á remacharse!

¡Oh Pistoya, Pistoya! En fuego lento
¿por qué no abrasas hijos tan impuros,
pues que va su maldad siempre en aumento?

Por cuantos cercos tiene averno oscuros,
á nadie contra Dios vi tan acerbo;
ni el que cayó de los tebanos muros².

Sin decir más palabra, huyó el protervo;
y un centauro vi yo con gran braveza
venir gritando:—¿Adónde está el superbo?—

No da sierpes Marema³ en su crudeza
tantas, como en la grupa aquél llevaba
hasta do en él nuestra natura empieza⁴.

Y un dragón en su espalda se asentaba
que, extendidas las alas, humo y fuego
contra cuantos se acercan vomitaba.

Y mi guía:—Ese es Caco (dijo luego),
que cien veces las rocas de Aventino
bañó de sangre con el largo riego.

De los suyos no va por el camino;
porque robó con fraude y con ardides
el ganado que dél era vecino⁵;

por cuya causa terminó sus lides
de cien golpes al diez quizá expirando⁶,
bajo la clava del potente Alcides.—

Mientras pasa el ladrón y sigue hablando
mi guía, tres espíritus⁷ no vimos
acercarse á nosotros, sino cuando

gritaron:—¿Quiénes sois?—Con lo que dimos
fin del centauro al doloroso trance,
y en ellos solos la atención pusimos.

Yo no los conocía: mas fué el lance
que, cual ocurre muchas veces, cedo
el uno nombró al otro, á nuestro alcance;

y dijo:—Á Chanfa⁸ descubrir no puedo.—
Aquí, porque esté el guía atento y mudo,
sobre los juntos labios puse el dedo.

Que hora dudes creer, lector sesudo,
lo que á decirte voy, no me molesta:
yo lo vi por mis ojos, y aun lo dudo.

Mi vista y alma estando en ellos puesta,
una serpiente con seis pies⁹ se lanza
al uno¹⁰, y toda se le enrosca presta.

Con las patas del medio al vientre avanza,
con sus brazos los brazos le ase y prende,
y á morderle ambos pómulos alcanza.

Los bajos pies sobre los muslos tiende:
pasa la cola entre ambos, y la punta
en los riñones por detrás le hiende.

Jamás al árbol se adhirió tan junta
hiedra tenaz como la horrible fiera
sus miembros al ajeno cuerpo ayunta.

Mezcláronse después, cual si de cera
fuesen caliente, especies y colores,
y ya no es cada cual lo que antes era.

Así expuesto del fuego á los ardores
toma el papel un tinte medio bruno,
que aun no es negro, mas pierde sus albores.

Los dos que le miraban de consuno:
—¡Oh, Añel, cómo te cambias! (le gritaban).
Mira, ni ya sois dos, ni ya sois uno.—

Y una testa no más las dos formaban,
y de los dos apareció un semblante
do las facciones de ambos se mostraban.

De cuatro brazos dos salen delante:
pies y piernas y vientre y busto horrendo
hacen mixto de miembros repugnante.

Todo su ser primero va perdiendo,
y uno y otro, y ninguno parecía;
y así con lento paso se fué yendo.

Entonces cual lagarto á quien el día
canicular de su vivienda saca,
que cruza, como lampo, por la vía,

tal á los otros de la terna flaca,
cual grano de pimienta negra ardida,
lívida sierpecilla se destaca¹¹.

Y al uno¹² le picó por do comida
recibe el hombre por la vez primera,
y á su frente después se echó extendida.

La mira, y calla el triste á quien mordiera;
y los pies afirmando, bostezaba
como si sueño ó fiebre le invadiera.

Él la mira, y la sierpe le miraba:
él por la herida y ella por la boca
lanzan humo, y el humo se mezclaba.

¡Calle Lucano el canto donde toca
del mísero Sabelo y de Nasidio¹³,
y escuche aquí lo que mi musa evoca!

¡Calle de Cadmo y de Aretusa Ovidio;
que si en dragón á aquél, y estotra en fuente
convirtió, poetizando, no le envidio!

Que jamás dos naturas frente á frente
transformó de tal modo, que pudieran
transmitir sus substancias de repente.

Diré, pues, que entre sí tal se fluyeran,
que la víbora en horca hendió la cola,
y los pies del mordido ambos se unieron.

En él pierna con pierna se interpola
hasta borrarse tanto la juntura,
que ni una raya se distingue sola.

La horquilla, en ella, adquiere la figura
que en él pierden los pies: yo vi ablandarse
la piel en ella: en él hacerse dura;

sus brazos vi por el sobaco entrarse,
y según ellos amenguando han ido,
los cortos del reptil vi dilatarse.

Luego sus patas, en cordón torcido,
van la parte á formar que el hombre cela;
y él vió el suyo en dos partes dividido.

Entonces, mientras el humo á entrambos vela
de color nuevo, y á la piel atrae
de éste el cabello de que á aquél repela,

se alza el reptil, el hombre al suelo cae:
mas no se quitan, no, la vista impía,
que aun de uno á otro las facciones trae.

El hocico á las sienas recogía
el de pie, y la substancia rebosante
la cara forma, y las orejas cría.

Lo que atrás no corrió, con su sobrante
los labios, cual conviene, le dispuso,
y de humana nariz dotó al semblante.

El caído adelante saca el muso,
y las orejas hunde en la cabeza,
cual caracol los cuernos pone en uso;

y la lengua que hablaba con presteza
se parte, y la bifurca su horca viva
cierra, y el humo á disiparse empieza.

Y el alma, que en la sierpe ya es cautiva
por la valle fatal huye silbando,
y el otro sigue allí, y habla y saliva¹⁴.

Y al triste las espaldas nuevas dando,
dice al que queda:—Boso es bien que corra
por esas ribas como yo rampando.—

Así vide en la séptima zaborra
á muchos transmutarse; y si he caído
aquí en error, la novedad lo borra;

y sólo he de añadir que, aunque aturdido
era y la vista mía ya ofuscada,
no para mí pasó desconocido

Pucio Chancato, el solo que á la entrada
vi de los tres sin transformarse un tanto:
el otro era la sombra desdichada,
Gavilla¹⁵, cuyo fin te cuesta llanto.

CANTO XXVI

Suben los Poetas á lo más alto del escollo, por cuya cima, prosiguiendo su camino, llegan al octavo saco. Brillan en él multitud de lenguas de fuego, en cada una de las cuales se encierra un pecador. Este suplicio es el que corresponde á los que hicieron daño al prójimo por medio de astuto y fraudulento consejo. Habiendo visto en medio de una llama bilingüe á Diomedes y á Ulises, dirige Virgilio la palabra á este último para complacer á su alumno, y obtiene de él que le relate la historia de sus infelices navegaciones.

Goza ¡oh Florencial de tu inmensa fama,
pues por mares se extiende y por naciones,
y hasta en el mismo Infierno se derrama.

Allí cinco hijos tuyos vi ladrones,
y si de ello vergüenza grande tuve,
á ti no ha de aumentarte los blasones¹.

Mas si el sueño es verdad que en blanca nube
nos trae el alba, el odio que te espera
pronto verás, y que hasta Prato sube².

¡Pluguiese al cielo que estallado hubiera,
si ha de ser, pronto! que la pena mía,
según corra mi edad, será más fiera³.

Comenzamos á andar, y por la vía
que de escalera nos sirvió⁴, bajando,
volví á subir llevándome mi guía.

Y por la triste ruta continuando
entre las peñas del quebrado suelo,
íbale al pie la mano asiento dando.

Entristecíme entonces, y aun me duelo
cuando dirijo á los que vi la mente,
y reprimo el ingenio cual no suelo.

Por qué virtud la guíe en su corriente,
no de mi propio bien pierda yo canso
lo que diéronme un astro y Dios clemente⁵.

Cuantas lucernas en el valle manso,
quizá allí mismo donde sulco traza,
ve el gañán, que en la grama está en descanso,

cuando á la mosca el cínife reemplaza,
á la hora en que más del sol radiante
alta la luz nuestro hemisferio abraza⁶,

tantas yo vide flamas al instante
en que mi vista descubrió los fosos
que el cerco octavo púsome delante.

Y como aquél vengado por los osos⁷
ve de Elías el carro, cuando al vuelo
sus caballos lanzáronse fogosos;

que seguirle no puede, y ya su anhelo
no alcanza á ver más que una chispa sola,
cual punto breve, en el cenit del cielo,

así cada cual de esas por la gola
gira del foso, sin mostrar por fuera
que uno dentro en su fuego se acrisola.

Del puente al borde yo por verlos era tanto, que si á un peñasco no me allego, sin tocarme ninguno, allí cayera.

Y el vate, que mirar me vió tan ciego, dijo:—Un espirtu cada hoguera guarda⁸, y le reviste y quémale su fuego.—

—De la verdad del caso me resguarda tu voz (le dije); mas patente ha sido también á mí, y oírte se me tarda.

¿Quién es el de aquel fuego, dividido de modo que parece el de la pira que á los hijos de Edipo ha contenido?⁹—

Y replicóme:—Dentro dél respira con Diomedes, Ulises; que así hermana la pena en *ellos* es, cual fué la ira.

Y allí dentro se purga la inhumana astucia del caballo, que abrió puerta por do salió la prole alta romana¹⁰;

y se llora el ardid por el que, aun muerta, Deyodamia infeliz lamenta á Aquiles, y el ara del Paladio al fraude abierta.—

—Si entre el fuego sus voces varoniles sonar no pueden, padre, yo te invoco (y mis súplicas hoy valgan por miles),

para que dejes me detenga un poco hasta que la bicorne llama venga: ¡mira si con anhelo la provoco!—

Yo dije; y él:—Bien es que efecto tenga afán tan noble y digno de alto precio: mas que á callar tu labio se prevenga,

y hablar déjame á mí, que mido y precio lo que anhelas; que acaso de tu estilo, como griegos que son, hagan desprecio.—

Y cuando llega el par del puente al filo, y ve oportuno el que tan dulce me ama tiempo y lugar, les habla así tranquilo:

—¡Oh los dos que ocupáis sólo una llama! Si vuestra estimación logré viviendo, si poco ó mucho os alcanzó mi fama,

que el mundo en altos versos va corriendo, parad, y el uno de vosotros diga dónde acabó, por su querer, muriendo.—

Y el mayor cuerno de la hoguera antiga¹¹ empezó á removerse, murmurando, como llama á que el aire da fatiga.

Luego, su cima aquí y allí cimbrando, cual si fuese la lengua la que hablara, lanzó fuera un acento, y dijo:—Cuando

de Circe¹² me libré, que me guardara por más de un año allá junto á Gaeta¹³, antes que así tu Eneas la nombrara,

ni el halago que á un hijo me sujeta, ni amor del padre anciano¹⁴, ni el ardiente debido á mi Penélope discreta,

nada el ansia vencer pudo en mi mente
de recorrer el mundo y verme experto
en leyes y usos de la humana gente.

Y en sólo un leño, al alto mar abierto
me lancé, con la escasa y fiel compañía
que nunca me dejó, del patrio puerto.

Vi la una costa y otra hasta la España¹⁵,
y Marruecos, y la isla de los Sardos,
y cuantas aquel mar en torno baña.

Y cuando yo y mis fieles, viejos tardos,
al estrecho llegamos, donde Alcides
sus padrones de honor plantó gallardos¹⁶,

límite impuesto al nauta y á sus lides,
y á mi derecha mano dejo á Esbilia,
cual tu Sepla¹⁷, á mi izquierda te divides.

—¡Oh hermanos (dije entonces) los que exilia
tras mil riesgos el hado al Occidentel
No de vuestros sentidos la vigilia,

que ya tan corta os queda, á la eminente
prueba de hallar se niegue la existencia,
en pos del sol, de la región sin gente¹⁸.

Considerad vuestra inmortal esencia:
no á vegetar cual brutos fuisteis hechos,
mas á ganar virtud, y honor, y ciencia.—

Con esta breve arenga, tan deshechos
por la empresa los vi, que mal podría,
queriéndolo después, calmar sus pechos.

Volví la popa hacia do nace el día:
son del loco volar los remos alas;
siempre á la izquierda mi bajel corría.

Del otro polo las celestes galas
vía en la noche: el nuestro era tan bajo,
que no montaba las marinas salas¹⁹.

Cinco veces su hermosa luz nos trajo,
y cinco la escondió la clara luna,
des que emprendimos el fatal trabajo,

cuando montaña vimos²⁰ surgir, bruna
por la distancia y levantada tanto,
cual jamás hasta entonces vi ninguna.

Gozo al principio fué: mas luego llanto;
que un vapor, de la nueva tierra jugo,
viene al bajel de frente á dar quebranto.

Tres veces de las olas gira al yugo,
á la cuarta la prora echa á la tierra,
la popa al cielo; y, como al alto plugo,
sobre todo la mar después se cierra.—

CANTO XXVII

Había concluido ya de hablar el griego astuto, cuando una voz, exhalada desde una flama, ruega á Virgilio que se detenga un poco para que le dé noticias de la Romaña. DANTE toma á su cargo el contestar, y habiendo satisfecho á la demanda del espíritu, manifiesta su deseo de saber cómo se llama. Es el conde Guido de Montefeltro, que cuenta que ha sido condenado porque, habiéndole pedido Bonifacio VIII un consejo, se le dió pérfido y fraudulento.

Dejaba ya de hablar erguida y quieta
la hoguera, y su camino continuaba,
tomada venia del gentil Poeta,

cuando otra, que en pos de ella caminaba
me hizo volver los ojos á su cima,
por un rumor confuso que lanzaba.

Como el Sículo buey¹, que la vez prima
con el llanto mugió (¡justicia ha sido!)
del que labróle con su infausta lima,

bramaba con la voz del afligido;
así que, aunque es de bronce todo entero,
eco parece de dolor transido;

tal las palabras, por no hallar primero
camino entre la llama, su lenguaje²
toman, mugiendo, en tono lastimero.

Mas luego, por la cima, ya en su viaje
lanzadas, cobran la inflexión sonora
que imprimióles la lengua á su pasaje,

claras así sonando:—¡Oh tú que ahora
mi acento escuchas, cuyo hablar lombardo
me hirió cuando decías: *Ve en buen hora,*

no porque á ti mi acento llegue tardo,
me niegues el pararte á hablar conmigo:
me agrada á mí, ya ves, y en llamas ardo.

Si ha poco del latino suelo amigo
á esta región misérrima caíste,
do mis culpas de allá tienen castigo,

dime si el romañol en paz existe:
yo soy de aquellas tierras entre Urbino
y el monte donde el Tíber nace triste³.—

Aquí la espalda me tocó el divino,
cuando encorvado aún vía al hondo centro,
diciéndome:—Habla tú, que ese es latino⁴.—

Y yo que al punto la respuesta encuentro,
pues pensado la había, así le dije:
—¡Oh alma que escondida estás ahí dentro!

en paz á tu Romaña nunca rige
de sus tiranos la eternal protervia:
mas hoy pública guerra no la aflige.

En Rávena, cual tiempo atrás, soberbia
de los Polenta el águila se anida⁵,
que con sus anchas alas cubre á Cerbia.

La tierra que la prueba hizo aguerrida
y en los franceses el estrago ingente⁶,
yace á las verdes garras sometida⁷.

El mastín viejo⁸: el de Verruquio ardiente,
que hundieron á Montaña⁹ en sueño eterno,
clavan do suelen su ominoso diente.

La ciudad del Lamón¹⁰, con el Santerno,
rige el leoncillo azul del fondo blanco¹¹,
que bandos muda de verano á invierno.

Y aquella á quien el Savio¹² baña el flanco,
como yace entre el monte y la llanura,
estado goza entre oprimido y franco.

Ora dinos tu nombre, y no más dura
sea tu voluntad que otras han sido:
¡Así el mundo tu fama guarde pura!—

En cuanto el fuego un poco hubo rugido,
movió de un lado al otro el pico agudo,
estas voces lanzando en un soplido:

—Si yo creyera enviar mi acento rudo
á quien volver debiera al suelo orondo,
pronto sin trepidar quedara, y mudo.

Mas como nadie vivo de este fondo
salió jamás, si á la verdad atiendo,
sin temor de la infamia te respondo.

Guerrero he sido: mas después, queriendo
mi conciencia limpiar, la humilde saya
de Francisco vestí; ya iba venciendo,

cuando el gran Sacerdote¹³ ¡que mal hayal
de la culpa otra vez me hundió en la borra
(que de tu mente el cómo no se vaya).

Des que al alma el mortal vestido aforra
con que al mundo me echó la madre mía,
más que como león, obré cual zorra.

Todo tortuoso hacer y obscura vía
supe, y de mis ardidés y cautelas
la fama por doquiera se extendía.

Luego, cuando la edad con sus secuelas
me trajo al punto en que el mortal ya debe
atar los cables, abatir las velas,

entonces grave hallé lo que antes leve;
y confeso y contrito, mis deseos
estuvo en poco ¡aymé! que á colmo lleve

el señor de los nuevos fariseos¹⁴,
guerra hacía en los campos Lateranos,
y á los turcos no á fe, ni á los judeos,

porque eran sus contrarios los cristianos,
y no de los que en Acre hacen la prueba¹⁵,
y á tierras del Soldán llevan su grano.

Ni orden sacro, ni llaves y aura esteva
suyos vió, ni el sayal en mi pedestre¹⁶,
que tornar suele flaco á quien le lleva;

antes, cual Constantino¹⁷ al gran Silvestre,
trajo á curar su lepra del Sorate,
éste á sí me llamó, porque le muestre

cómo su fiebre de ambición le mate:
mas dejé sus palabras sin respuesta,
pensando si locura le combate.—

Y él: *Si temor (me dijo) te molesta,
de antemano te absuelvo. Dime cedo
cómo arruine los muros de Prenesta*¹⁸.

*Ya sabes que cerrar y abrir yo puedo
el cielo, pues que dobles son las llaves
que mi predecesor dejó por miedo*¹⁹.

Yo juzgué aquí sus argumentos graves:
que era el callarme compromiso loco,
y dije; *Padre, bien; pues que me laves*

*del pecado en que caigo sólo invoco.
Tú el largo asedio vencerás de cierto,
con mucho prometer, y cumplir poco.*

Vino después por mí, cuando hube muerto,
Francisco, mas un negro ángel caído²⁰:
No me harás (dijo) tan visible entuerto:

*bajar debe á mi gremio maldecido,
pues des que el fraude aconsejar resuelve,
de los cabellos téngole ya asido.*

*Á quien no se arrepiente, Dios no absuelve,
ni arrepentirse y persistir es dado;
premisa tal contradicción envuelve.*

¡Cuál me puse á temblar! ¡ay, desdichado!
cuando me asió, diciendo: *De seguro
que no era yo buen lógico has pensado.*

Y á Minos me llevó, que el flanco duro
con la cola ocho veces envolvióse;
y después de morderse en ella furo:

*Baje á las llamas (dijo) y convirtióse
en hoguera mi ser, y así vestido
vime, y el alma como ves perdióse*²¹.—

Cuando tal su relato hubo cumplido,
echóse á andar, y aun su dolor decía
agitando y torciendo el tufo erguido.

Y adelante seguimos yo y mi guía,
trepando el arco próximo, que el turbio
foso domina, do su culpa expía
quien la discordia siembra y el disturbio.